



Chester Himes.

dentamente, sería casi imposible que creyeran al acusador, pero además, el policía asesino trataría de matarle para no dejar testigos, por si acaso. Y esto es lo que sucede en "Corre, hombre", modelo de sobriedad narrativa y ajustado retrato de ese estado de dominación disfrazada y humillación permanente que caracteriza la discriminación económico-racial en la jungla de asfalto de Harlem. Una discriminación que el "sistema" puede suavizar con buenas palabras, pero que se muestra incapaz de eliminar, y que, de alguna forma, necesita incluso alimentar a base de salarios bajos, por un lado, y, por otro, con lo que Sartre calificó de "neurosis introducida y mantenida por el colono entre los colonizados", que termina estableciendo la resignada aceptación de la arbitrariedad como norma lógica e inevitable.

Esa especie de enajenación por duplicado queda patente en las novelas de Himes, las cuales muestran perfección en los diálogos y el eficaz esquematismo descriptivo, creador instantáneo de atmósferas, que son notas específicas de la novelística negra norteamericana. A esas notas se añade, en este caso, la visión del mundo de los "otros" estadounidenses de piel oscura, esos que deben correr, para no morir como conejos, cuando el blanco saca el revólver y siente ganas de demostrar su "superioridad" o descargar sus nervios dándole al gatillo tras haberse tomado unas copas. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

Jesús Ibáñez: entre el más acá y el más allá de la sociología

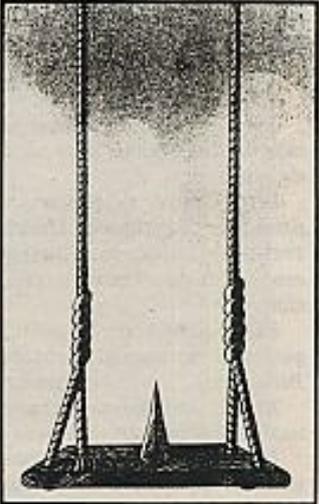
Yo no me atrevo a decir de Jesús Ibáñez que sea uno de los mejores sociólogos que podemos encontrarnos en España, por varias razones: una, porque la verdad es que no los conozco a todos; segunda, porque hay muchos tipos de quedar plasmado el saber y la práctica sociológica como para que sus diversos representantes puedan ser homologados en una misma escala jerárquica, y por último, porque no quiero ofender a quienes mantienen oficialmente esa primacía. Pero, en cualquier caso, me gustaría decirlo, y si pudiera decirlo se me llenaría la boca, de admiración por ese sabio distraído, ejemplo de muchas cosas verdaderamente raras entre nuestros coterráneos, además de por sus conocimientos en el campo de la sociología.

De Jesús Ibáñez se conocen pocas cosas escritas y libros ninguno. Puede ser computado entre los representantes del modo socrático de producir y reproducir, saber al que él asigna la característica de no dejar tras de sí huellas escriturales: el ser un discurso sin texto que incita a hablar al otro, mientras el texto le roba la palabra. Otra paradoja

Jesús Ibáñez.



de su personalidad era la de no pertenecer a la corporación de sabios oficiales: los doctores, lo mismo que le ocurría hace bien poco a otra de las figuras de la sociología hispánica, Manolo Castells. Sin embargo, picado por algún muermo impuro ha pasado a incorporarse al grupo de los



que también él dice que no deben producir saber, sino que el saber debe transitar por ellos. Y fruto del rito del doctorado ha sido la publicación de su tesis, singular desde muchos aspectos.

La justificación, más que el objetivo, de su tesis y de su emanación bíblica (1) ha sido la técnica y la crítica del grupo de discusión. "El grupo de discusión -dice- se inscribe en un campo de producción de discursos: el proceso de producción de esos discursos tiene una forma aparentemente circular. La actuación del grupo produce un discurso -discurso del grupo- que servirá de materia prima para el análisis. El análisis produce un discurso -informe- que servirá de materia prima para el uso social de sus resultados. El uso social de sus resultados produce un discurso -publicidad/propaganda- que presionará sobre la gente para hacerles producir un dis-

(1) Jesús Ibáñez: Más allá de la sociología. El grupo de discusión: Técnica y crítica. Siglo XXI de España. Madrid, 1979. 425 páginas.

curso (discurso verosímil -que enmascara su diferencia de la realidad-), discurso que a su vez será actuado de nuevos grupos de discusión". El grupo de discusión exige un diseño abierto y una integración de los investigadores en el proceso de investigación; exige también una tecnología concreta. Es una técnica de investigación social, pero, como pone de manifiesto Ibáñez, "las ciencias y las técnicas son la cara visible de un poder de suyo invisible". De ahí que el autor juegue a través de los tres niveles cómo, por qué y para qué del grupo de discusión, para hacer crítica social, provocar, y flotar en un sinnúmero de reflexiones -de la reflexión dice que "es tarea de vagos y maleantes"- que hacen de su obra una mezcla de deliciosas y sugestivas páginas -entre las que se tiene que destacar el prefacio y el capítulo II- adosados a una erudición, tanto en la perspectiva sociológica como en la psicoanalítica, sólo asequibles para sabios oficiales y extraoficiales.

Un magnífico ejemplo de un trabajo científico que, con algo que parece banal y muy técnico, y hasta con un equipaje empírico procedente de investigaciones de mercado, sirve para no dejar títtere con cabeza. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

Cachondo "western"

La juventud de nuestra época se siente ahogada dentro de los moldes que impone el marco de la cultura occidental burguesa. Una educación menos rígida, que se pretende orientar teniendo en cuenta los descubrimientos del psicoanálisis (para evitar provocar situaciones frustrantes, que pudieran traducirse en traumas inhibitorios de un adecuado desarrollo de la personalidad de ese adulto en formación que los padres tienen la enorme responsabilidad de orientar), resulta en una posibilidad de selección de los valores predominantes en el medio social concreto de que se trate, ejerciendo la crítica sobre aquellos aspectos culturales que no respondan a necesidades sentidas por el sujeto, ya sea de modo inmediato o dentro de un plazo no excesivamente largo -los plazos de previsión se van alar-



Richard Brautigan.

gando según aumenta la edad—, y su consecuente rechazo. De esta manera se van apartando al baúl de los trastos viejos un buen número de costumbres, hábitos y valores, mucho antes de que realmente dejen de ser funcionales para el grupo social considerado en su conjunto.

Una de las ventajas de esta situación puede ser el imprimir mayor rapidez a la evolución cultural, y una de las desventajas es que esta brusca velocidad implica la formación de una brecha generacional profunda, que dificulta el entendimiento entre miembros de un mismo grupo por razones estrictamente de edad.

Así, un sector cuantitativamente importante de los que hoy son jóvenes se siente poco satisfecho con muchas de las manifestaciones artísticas que hacen felices a miembros un poco más mayores de su sociedad, y producen su propio arte: una música, una pintura, una literatura, que son estrictamente suyas, que les producen el placer que no encuentran en las de generaciones anteriores.

Estados Unidos fue el país pionero en la liberación educacional, y por tanto lo viene siendo, también, en lo referente a la formación de corrientes artísticas que implican una renovación radical de lo anterior.

La actual juventud norteamericana tiene sus artistas propios. Uno de los que más éxito tiene entre ellos es el escritor Richard Brautigan, que ya en la década

de los 60 causó furor en el mundo contestatario y underground estadounidense con su novela *Trout Fishing in America*, considerada por muchos símbolo de una nueva forma de vida.

El sencillo estilo humorístico y, en buena medida, surrealista, con que este autor se toma a cachondeo los mitos de sus padres, podemos apreciarlo en su novela

"El monstruo de Hawklime", editada en 1974 en EE. UU., que nos llega ahora (1) traducida en editorial Anagrama, de la que, por cierto, es una obra muy característica, ya que esta editorial española se caracteriza por reco-

(1) Richard Brautigan: *El monstruo de Hawklime*, un western gótico. Ed. Anagrama. Barcelona, 1978.

ger ese tipo de producción artística de la juventud actual que mencionábamos más arriba.

Leyendo "El monstruo de Hawklime" no se pueden evitar las risas en voz alta. Es una especie de brisa fresca que consigue hacer olvidar las pequeñas miserias de la vida diaria durante un par de horas. ■ MARISA RODRIGUEZ MOJON.

ADIOS A LAS LETRAS

El Planeta, desierto (ficción)

Joaquín Garrigues Walker fue la verdadera opción de José Manuel Lara para el Premio Planeta de este año.

Pero, después de ofrecer un adelanto en unos periódicos matutinos de Madrid, el ministro de la Presidencia, pelcano de Suárez, novio de Murcia, enamorado de las motocicletas, agotó su inspiración.

Pasa mucho entre los políticos: agotan su imaginación, regresan al barbecho, se sientan en el Parlamento. Son los culparlantes del silencio.

Así que José Manuel Lara se quedó con las ganas de sentar a un Garrigues a su mesa.

Los ricos sientan a su mesa a los pobres en Navidades. En octubre Lara siempre sienta a quien él quiere. Suele ser un escritor que le haga más rico, mientras se enriquece a sí mismo. Lara no sólo apuesta por la literatura. Eso es una banalidad. Hace bien. Si yo no fuera tan poco salvaje ni tan poco automático, haría exactamente lo mismo, pero tengo que aguantarme con mi fealdad caribeña, empobrecido lugarteniente de las letras.

¿Qué otro político podía haber escogido José Manuel Lara para su premio? Hay muchas opciones en el horizonte. Yo sé que Javier Solana escribe muy bien, porque eso se ve en los ojos, y los chispeantes ojos del socialista siempre han delatado su condición de buen literato. Proustiano debe ser, como la voz de Ana Belén, aunque mucho más superficial que Garrigues, porque al fin y al cabo no ha vivido tanto.

Enrique Múgica podía haber sido otra alternativa a la sequedad literaria de Garrigues Walker, pero el político vasco escribe a borbotones, sin demasiada reflexión. Su más brillante historia la dijo hace unos días: "Por fin nos han legalizado a los no marxistas". Pero se le va la fuerza por la boca, como a Alfonso Guerra.

Hay un político historiador, o historiador político, a él le da igual, que se llama Ricardo de la Cierva, que

también pudo haber optado al Planeta con las Memorias noveladas de Franco que guarda en su cajón. Pero está demasiado atareado el hombre con los fascículos. Todo lo que toca lo convierte en fascículo, y así ha perdido cualquier condición para novelar o para escribir de corrido durante doscientas páginas.

Descartadas, por otra parte, las alternativas puramente literarias, porque ni José Manuel Caballero Bonald ni Mario Vargas Llosa quisieron concurrir al premio, a José Manuel Lara se le encendió una luz. Me lo dijo Garrigues a través de Gutiérrez Mellado, cuando éste estuvo en Panamá y se detuvo en estas islas vírgenes.

La historia fue compleja. Con ocasión de la última visita de Josep Tarradellas a Adolfo Suárez, el presidente de la Generalidad portaba un sobre secreto del que no se desprendía. Se lo había entregado José Manuel Lara para que se lo hiciera llegar al jefe del Gobierno. Si en sus tensos días tiene usted posibilidad de escribir un relato novelado sobre su denso pasado, se decía, más o menos, esta editorial estaría encantada de llevarlo a la imprenta. No se hablaba de premio, que para eso son muy finos los editores que los convocan. Pero Suárez debió descubrir la movida. "Yo, qué va. Esas cosas que las haga Joaquín". Pero Joaquín ha renunciado, le dijeron. No hubo forma.

Tarradellas regresó cariacontecido a Barcelona. "¿Quieres que lo haga yo?", le preguntó a José Manuel Lara. Este, con buen humor, le respondió, mientras ambos se reclinaban en la tribuna de honor del Fútbol Club Barcelona: "No. Tú ya tienes bastante con pensarte un prólogo para cuando escriba Josep Benet su Historia de un ex President".

De esta manera fueron deshojándose las margaritas y el Premio Planeta quedó desierto, como el mismo planeta quedará después de que nos aparezca el regalo de la bomba de neutrones. ■ SILVESTRE CODAC.



José Manuel Lara.